

UN AMOR COMO HAY POCOS.

NOVELA ORIGINAL.

JUAN PEDRO CRIADO Y DOMINGUEZ.

I

Con su ilustre prosapia y la posición que en la corte ocupaban sus padres, había nacido Gerardo Sandoval bajo la protección de la más placentera sonrisa de la fortuna. Y en verdad, que la á veces esquiva é ingrata deidad, había solamente cumplido en esta ocasión con un deber impuesto por las bellas cualidades que adornaban á Gerardo.

Franco y jovial en su trato, captábase las simpatías de sus amigos: cariñoso con el pobre y afable con el poderoso, de todos era amado. Su claro ingenio le había ya hecho recoger merecidos lauros; y sabiendo dominar como bueno; y sin violencia, sus pasiones, logró adquirir una reputación de muy difícil consecuencia en la juventud. La viciosa organización de nuestra sociedad, que con tanto fausto presenta ataviado el mal, y con tan humildes ropajes deja esconderse, condolido, al bien, no había podido atraer á Gerardo, á pesar del brillo deslumbrador de sus doctrinas. Sandoval parecía uno de aquellos tradicionales é hidalgos caballeros, trasportado al siglo XIX para vivo ejemplo de que, el hombre, para ser como Dios dispone, en la edad ménos á propósito, le basta una poca de buena voluntad, unida á una sana inteligencia.

Apartado Sandoval de las corrompidas y licenciosas costumbres del mundo, por fuerza su corazón tenía que embargarse en un amor puro, inmenso, respetuoso, antítesis completo de aquel á que se entregaban los demás jóvenes de su clase. El hombre ha nacido para el amor: su alma lo anhela con vivas ansias: su sentimiento le impulsa á personificarlo; su razón lo necesita, como el arma más poderosa, para salir vencedora en las luchas constantes de la vida; sus trabajos lo requieren como un premio debido y suficiente á recompensar todos los sinsabores. El que no ama, ó es un cadáver que se mueve como por medio del galvanismo, ó un mentecato sin seso, ó un criminal empedernido.

Gerardo buscó con afán prolijo una mujer que pudiera ser digna compañera suya: una mujer que, como él, hubiese tenido la dicha de escapar salva ante el arrollador impetu del torrente de depravación, que quiere humedecerlo todo en su curso vertiginoso. Sandoval creyó hallar aquella criatura; rara heldad en la que habían logrado reunirse las esculturales formas de la joven griega, con la dignidad de la matrona romana.

Seguramente que si alguna de mis bellas lectoras conoció á Carmencita Tiñana, convendrá conmigo en que era un helicero compendio de las gracias mitológicas. Y como «á la belleza pertenece llevarse tras sí los ojos y el amor,» como hace decir Platón á Sócrates en el *Tedro*, y «el amor no puede querer otra cosa fuera de la belleza,» según el dicho de Máximo de Tyro, Sandoval se dejó prender en aquellas encantadoras redes, desde el momento que cambió con Carmencita la primera mirada. Gerardo buscaba principalmente la belleza del alma, de un espíritu que se asemejase al suyo; pero sin embargo, como escribo el insigne San Ambrosio, en su obra *De Officiis*, «no por eso rechazaba la gracia exterior, porque la modestia

suele colorear las mejillas con el pudor y dar así gracia al semblante. Y así como el artista suele trabajar mejor sobre una materia bien dispuesta, así también brilla más la modestia en un cuerpo hermoso.» No es, pues, extraño que, al convencerse Sandoval que en Carmencita ambas condiciones se encontraban admirablemente hermanadas, la consagrara por completo y desde luego su corazón.

No podría á se decirse de la belleza de Carmen, lo que de la mujer fátua asegura el sagrado libro de los *Proverbios*, de ser su hermosura «lo que un anillo de oro en el hocico de un cerdo;» pues pocas jóvenes de su edad y de sus condiciones físicas, podrían aventajarla en discreción, en talento, ni en humildad.

Sandoval constituyóse en adorador platónico y constante de la niña, pues no era partidario de la precipitación en asuntos tan delicados. Otras consideraciones le detenían cuando parecía decidido á declarar su pasión á Carmencita; y éstas eran, por una parte, sus pocos años; por otra, la posición de su familia, que para mantener el aparente esplendor externo de su clase, se obligaba á vivir con grandísima economía en realidad, y principalmente el esperar á crearse por sí mismo un porvenir, obteniendo un puesto en armonía con su talento y sus estudios, cuando los diera por terminados, para apoyarse en aquella base segura al pensar en constituir familia.

Pero como el amor va á veces más allá de lo que se propone, y anticipa la solución de los más graves problemas, por calma que ello requiera, Gerardo, sin darse quizá razón, en un momento de irreprimible entusiasmo hizo su declaración en forma, mucho antes de lo que pensaba.

(Continúa.)

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES.

La Sra. Belva A. Lockwood.—En los Estados Unidos americanos, país donde se aclimatan todas las excentricidades del mundo, existe una Asociación de mujeres, que proclaman la igualdad de derechos en los dos sexos. De esta peregrina Asociación ha salido la idea de proponer á Miss Belva como candidata á la presidencia de la República. La idea no puede ser más disparatada: si los hombres raramente rigen con acierto los destinos de los pueblos, ¿cómo los habíamos de gobernar las mujeres? Las mujeres, que somos víctimas de nuestra sensibilidad, que no podemos ver un cañon y que nos desmayamos ante una gota de sangre. Las mujeres tenemos valor moral; la prueba de ello es que sabemos sufrir dolores del alma como no saben sufrirlos los hombres; pero es preciso confesar, y ésto en nada nos rebaja, que carecemos de valor físico, y que nuestro irritable sistema nervioso se altera al oír el silbido de una bala.

No estamos de acuerdo con las ideas de Miss Belva, pero presentamos su retrato en nuestro periódico por ser un tipo que figura entre las celebridades del momento. Miss Belva es tipo de actualidad, de oportunismo, como dicen los neologistas, y no podemos renunciar al deseo de ofrecer á nuestras lectoras tan gran novedad.

Lejos de nuestro propósito esas absurdas emancipaciones que